

LIBROS

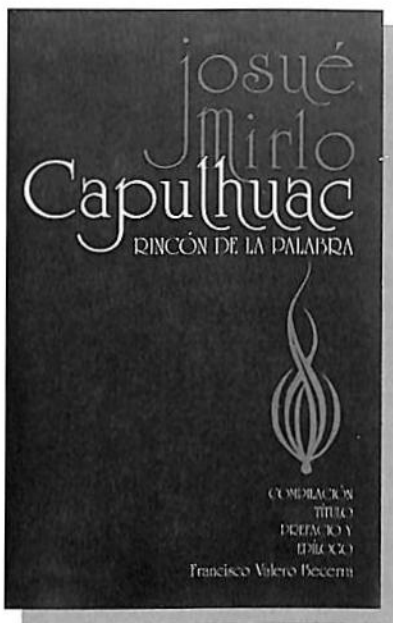
Josué Mirlo. Capulhuac, rincón de la palabra

Hace no mucho tiempo, a propósito de otro libro de Francisco Valero, decíamos que el gran Borges alguna vez escribió que no hay libro, poema o verso en el que no pueda encontrarse poesía. Lector pertinaz hasta la ceguera, extravagante y memorioso, solía encontrar lo que a otros poco o nada podría interesar. Parte descubrimiento y parte invención, iba abriéndose paso entre autores y textos extraños para rescatar y construir esas joyas luminosas, breves, sobrias, de una extraordinaria sencillez, que entre laberintos de ideas, metáforas, imágenes, voces y ritmos, casi siempre daban en el blanco móvil de la literatura: el tiempo y el espacio de la imaginación. En él, como en un viejo cáliz de alquimista, se mezclaban una extremada conciencia de lo literario y un gusto peculiar por lo que ahora se designa como escritura marginal o *underground*. En autores, libros y documentos perdidos, o escondidos, Borges buscaba y hallaba lo insólito.

Esto viene a cuento porque también Valero nos lleva, a su modo, a territorios de lo desconocido, de lo inexplorado, de lo insólito. Muchos de los autores que él frecuenta y rescata —desde luego no todos—

son escritores en gran medida ignorados o escasamente conocidos, marginales: Rodolfo Figueroa, Marcos E. Becerra, Fernando Celada, Josefa Murillo, entre otros; y desde luego, Josué Mirlo.

Como la inmensa mayoría de los escritores y artistas en cualquier cultura, Mirlo forma parte de los afluentes y de los ríos subterráneos que luego de brotar desde los manantiales más hondos y oscuros para dar identidad a un territorio, al igual que las líneas de una mano, dejan entre sus habitantes signos y huellas indelebles antes de llegar a los litorales y perderse “en la mar —según nos recuerda Manrique— que es el morir”. Algunos mueren antes por propia elección, del todo o en parte, rodando aguas abajo, para cumplir una peculiar vocación no exenta de cierto ímpetu místico y pantésta: desaparecer, anularse, retirarse del mundo para integrarse mejor y hacerse uno con él. El ciego Borges, el autoexiliado Rimbaud y el ahorcado Nerval son algunos ejemplos de tan singular destino. Quien haya visitado las catacumbas de Kíev tendrá una idea bastante precisa de lo que decimos: los monjes cavaban por vocación y ofrenda, para confundirse con las húmedas capas de tierra, sus propias tumbas en un oscuro silencio del



que ya no volvían. Mirlo pertenece a esa estirpe.

Una vez más la obra de un poeta como Mirlo nos enfrenta al tema de la literatura marginal; entendiendo por marginal lo que no rebasa un ámbito cercano y familiar, local, aunque éste tenga sus propios referentes etnocéntricos que lo convierten de una u otra manera, también, en ombligo del mundo. ¿Cómo entender, cómo ubicar, qué decir de la obra de quien no tuvo entre sus pares, en su tiempo –salvo excepciones– un reconocimiento? ¿Quién leyó, quién conoció, quién valoró o desestimó su obra?

Ninguno de los *contemporáneos*, sus contemporáneos, lo reconoció, aceptó o quiso admitirlo en el parnaso de su época. Los dos antologuistas de la poesía mexicana y de lengua española que en 1928 y en 1941 seleccionaron material para presentar las muestras de poetas y estilos, Cuesta y Villaurrutia, simplemente ignoran, pasan por alto su existencia. ¿Laguna o decisión? Ésta es la pregunta.

Con toda la subjetividad que implica una selección de poetas y de poemas para una antología ¿cómo saber si ciertas omisiones son o no deliberadas? ¿Pudo o debió el antologuista conocer la obra de tal o cual poeta? Mirlo ganó un concurso de poesía y publicó varios libros. ¿Es esta razón suficiente para afirmar que por ello Mirlo no pudo o no debió ser

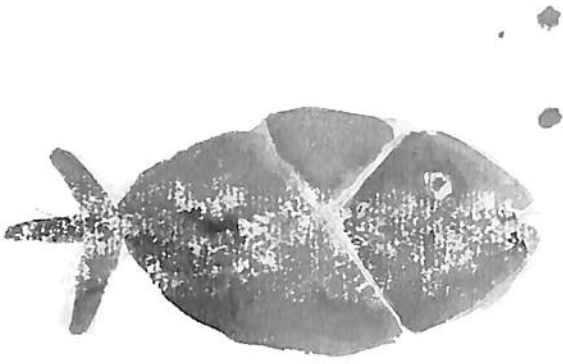
ignorado? ¿Pudo alguien sugerir el nombre de Mirlo a los antólogos? ¿Es finalmente condición de reconocimiento formar parte de una antología para ser miembro de un parnaso literario?

Si pasamos de su tiempo –apenas ayer– al nuestro, podemos saber y verificar ahora que algunos hechos o datos dan cuenta de su existencia: una tumba en la rotonda de los hombres ilustres del Estado de México, el nombre de Mirlo en una calle de Toluca, una compilación de su obra... Pero el asunto fundamental queda pendiente: ¿qué hacer, qué decir, qué valor literario asignar con una mínima y razonable objetividad a una obra rescatada del olvido y acaso destinada una vez más al olvido? Es el silencio, más bien, el que rodea y envuelve a Mirlo.

Un hombre de provincia, un vecino de un pequeño pueblo del altiplano lee, escribe, publica versos. Versos que se acumulan y dispersan, que acaso algunos conocidos y amigos volverán a leer. El alcance más inmediato y previsible, verificable, de esta existencia poética, del poeta y su obra, está claramente delimitado. Lo leen unos cuantos, son menos aún los que aprecian y reconocen que allí, en buena parte de esa obra, habla un lenguaje anónimo y remoto, originario, el lenguaje de la poesía.

Entre los pares, bien lo sabemos, los hay altos y bajos, más visibles u ocultos, mayores y menores. Y suelen ser los pares mismos, más allá de famas y ambiguas veleidades, los que dan su lugar más tarde o más temprano a las obras y a los empeños realizados por encima de las personas y los nombres.

En la literatura, aunque haya jueces –los críticos– y autoridades –los propios escritores– nadie tiene la última palabra. Un ejemplo, otra vez Borges: "A mí –dice– García Lorca siempre me ha parecido un poeta menor. Me ha parecido un poeta meramente pintoresco, un poeta que aplicó ciertos procedimientos de la literatura francesa de entonces a los temas andaluces... Como escritor –agrega– es incapaz de pasión... Creo que él tuvo la suerte de ser fusilado, y creo que eso contribuye [a su fama]". Puede uno discrepar o coincidir, desde luego, pero resulta evidente que si bien esta apreciación se aparta drásticamente de la establecida casi de manera unánime en sentido



contrario, ello no impide que se refiera a Lorca como a un poeta.

Sabemos, por el bien documentado prefacio de Valero, que Mirlo, nacido en 1901 y por tanto hombre de su siglo, formó parte de la Liga de Escritores Revolucionarios y que frecuentaba el *Café de Nadie*, al que asistían los *estridentistas*. Aquí otra vez la pregunta: ¿quiénes entre los *estridentistas* consideraron a Mirlo como un par, un colega?

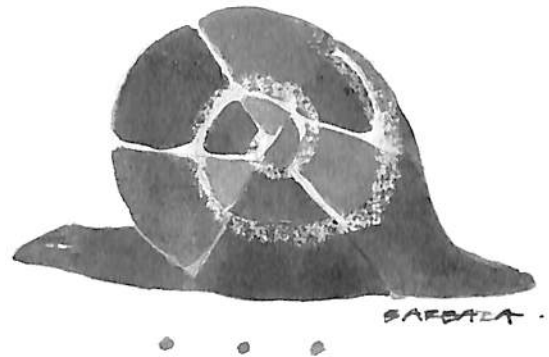
Dice Valero: "Recluido, sordo a grupos y tendencias[...] cautivado sólo por el paisaje vivió el poeta", y luego añade que la obra de Mirlo "se inscribe al cien por ciento en la vanguardia". Alfonso Sánchez Arteché, por su parte, habla de una "juguetona facilidad con que el poeta *estridentista* etiqueta sus obras, las clasifica y ordena como en un gran almacén de novedades, sátira suicida de la sociedad de consumo".

A estos dos testimonios, que ubican inequívocamente a Mirlo en la *vanguardia* o en el *Estridentismo*, habría que agregar uno más que permite situar el contexto literario de su época. Escribe Sergio Mondragón que de la pugna y la ruptura entre dos bandos irreconciliables, los *contemporáneos* y los *estridentistas*,

habría de terminar imponiéndose el grupo de los *Contemporáneos*, que daría el tono y le marcaría el rumbo a la literatura mexicana, aunque, de modo soterrado pero sin mengua de su vitalidad ni de la verdad en que se

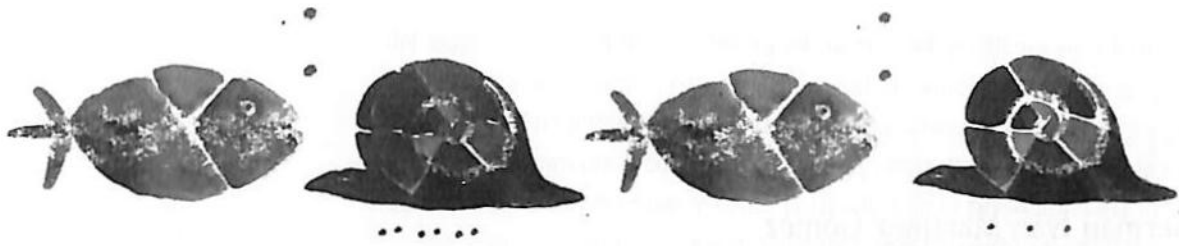
sostiene, el impulso vanguardista emblematizado por el *Estridentismo* continuaría nutriendo a una franja de la poesía mexicana, la más experimental y la más libre.

Esta última vertiente o veta –hay que decirlo– es la veta contestataria y excéntrica, la que desafía al *establishment* literario. No es la que conoce, interpreta y refleja las corrientes o estilos en boga. Es la vernácula, local y popular, la que emerge desde los bajos fondos sociales o desde las fronteras culturales, la que se forma en los nichos más genuinos de eso que podemos llamar la sensibilidad de la poesía popular.



Contemporáneos es sinónimo de educación y refinamiento, de erudición y cosmopolitismo. El *Estridentismo*, en cambio, es casi una exaltación de la ignorancia literaria. Es de aquí, de la vida cotidiana, de sus signos y símbolos más originales, de donde surgirán poetas como López Velarde, Othón, Huerta o Sabines. O entre los chilenos, por ejemplo, la antipoesía de Nicanor Parra.

Un caso extremo es el de nuestro poeta. "Me temo –dice José Muñoz Cota– que Josué Mirlo no ha leído un sólo libro[...] es un poeta por naturaleza". Estamos ciertamente ante un poeta o una poesía *naïve*, equivalente a ese tipo de pintura de los llamados "primitivos". De ahí a la artesanía, el exotismo o el *folklore* hay sólo un paso, que



bien puede desembocar en el *kitch*. Pero Muñoz Cota va todavía más lejos. "Sin haber conocido los *Kyoka* –extravagantes o locos sistemas de jugarías verbales en la poesía japonesa– Mirlo, asegura, es único en poemas locos", que por lo demás él aprecia. Lo dice ya, y bien, nuestro refrán popular: "De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco". Locura que no se nota, excepto cuando nos atrevemos a publicarla y compartirla.

Como siempre, para llegar al reino de la libertad hay que partir del paraíso de la libertad. Un camino, el más simple y directo, la vía sacra para transitar entre uno y otro polo, es el misterio del habla al que llamamos poesía. Que cada quien busque y encuentre en la de Mirlo lo que su libertad le dicte. Por mi parte, luego de agradecer a Francisco Valero su magnífico esfuerzo, ejemplar, de rescate y compilación de la obra de Josué Mirlo, por ser emblemático del sentimiento oceánico o cosmogónico y del amor al terruño que recorre toda su poesía, escojo, de su compilación, un poema que hasta ahora no había sido publicado:

CAPULHUAC

Me voy de aquí, sonoro de paisajes
y pinto de luceros, Capulhuac;
¡cuántos suspiros los que van de viaje
como góndolas blancas sobre el mar!

Maduro el corazón, como durazno;
llena la vida, como fuente azul...
¡cuántas cosas cantadas, cuántas dichas
en rumor de camino que eres tú!...

Es el silencio de la despedida:

lágrimas de luceros en el mar...
¡cómo temblaron las arenas vivas
con la pisada azul de este soñar!

Camino al caminar no caminado
clavé mi zarpa de oro, en caracol,
sobre aquel corazón iluminado...
¡ilusión, ilusión, blonda ilusión!

He de decir de ti, nacer de auroras
sonámbulas de noches en tropel,
que eres lluvia en sazón de mariposas
abierta en cabellera de mujer...

Y por eso al jugar a la rayuela
con mi lucero azul, ¡oh Capulhuac!,
eres un despertar al pie del alba
tornasolada y leal!...

De otra parte de la compilación de Valero transcribo estas palabras que escribió Joaquín Antonio Peñalosa: "No es verdad que del conocimiento nace el amor. Del amor nace el conocimiento. El alma se adelanta a los ojos y el corazón intuye más que la razón [...] estar ciego y escribir los versos claros que usted escribe, sobre una lección de humana fortaleza, es un testimonio de hermosura [...] Poeta es ser profeta [...] Josué Mirlo, con apellido de pájaro y nombre de guerrero; ciego y solitario, por ello mismo iluminado y en compañía, siga usted enseñándonos a mirar la hermosura y encontrar la verdad". LC

Francisco Valero Becerra [comp. título, prefacio y epílogo].
Josué Mirlo. Capulhuac, rincón de la palabra, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2000.